



## CARTA DE HUSSERL A GERDA WALTHER

MEDIADOS DE MAYO, 1920 (BORRADOR)<sup>1</sup>

Trad. Ignacio Quepons y Ricardo Mendoza Canales

75

Sus exposiciones científicas, querida amiga, fueron esta vez de la más absoluta precisión. Lo que dice contra Scholem da justo en el clavo. Por cierto, tengo una fuerte desconfianza acerca de los apuntes de clase de la señorita Halle. Un confusionista sólo puede escuchar confusiones.

Sobre los puntos fuente de las vivencias como asiento de la cualidad del sujeto: Todo ello puedo aceptarlo, aunque no lo expresaría de ese modo: porque, como todas las otras mostraciones ontológico-fenomenológicas —aquí se trata de mostraciones en el marco de la ‘psicología’ de la personalidad—, no pueden sino considerarse desde el punto de vista constitutivo, mientras que su descripción es una descripción ‘estática’. Lo descrito de una manera meramente estática es incomprendible y por ello nunca se sabe lo que es radicalmente importante y lo que no, y lo importante es justamente la comprensibilidad constitutiva. Yo suelo comportarme ante los datos fenomenológicos como el arqueólogo ante una excavación: los datos son pulcramente recopilados, pero el trabajo propiamente dicho no es su descripción, sino la reconstrucción. Una base de algo bien comprendido proporciona una guía sistemática para, poco a poco, animar cada vez más piezas relegadas en el trastero de lo incomprendido y darle a esa base un significado sistemático: su ‘función’ y su posición de origen en el edificio entero ya comprendido y que sin embargo justo entonces llega a la comprensión, y comprensión del ‘origen’ también en sentido genético. El sujeto se desarrolla, decimos, del yo dormido al yo

<sup>1</sup> En Edmund Husserl, *Briefwechsel*: Husserliana Dokumente III/2, pp. 260-265. Hrsg. von Karl Schuhmann in Verbindung mit Elisabeth Schuhmann, Dordrecht, Kluwer Academic Publishers, 1994. [Probablemente nunca enviado. Nota del editor.]

despierto; y el yo despierto se desarrolla con su intencionalidad. No es polo de identidad vacío de actos sucesivos. Al mismo tiempo que en los actos del yo se edifica un mundo circundante para el yo, el yo se desarrolla hacia una personalidad; o dicho con más precisión: una persona se constituye, a partir del polo-yo de los actos, como sujeto personal de los actos, los que, por su parte, ponen de manifiesto propiedades personales.

En esto desempeña un papel central el hecho esencial, que en las *Ideas* aún no está puesto de relieve, de que, para el [261] yo y para la corriente activa de conciencia, cada acto del yo no tiene el mero significado de un suceso pasajero, sino de un significado permanente en sentido peculiar, casi se diría un ser permanente. Lo que ocurre es esto: si emito un juicio, la emisión del juicio es pasajera, pero el juicio como proposición es algo ideal. Pero de este hace falta aún distinguir 'mi juicio'. Este permanece en tanto que no haya yo renunciado a él, sea que lo hubiera 'abandonado' bajo la forma de una tachadura, sea que, en el curso de la ulterior vida de la conciencia, hubiera dejado que se escabullera, lo hubiera dejado hundirse en el olvido: aun cuando pueda volver a recordarlo, estará hundido. Es decir, ya no es más mi juicio, se trata de algo antes poseído que, debido al continuo desuso, he dejado caer y ahora, simple y llanamente, no veo más como posesión (lo cual, dicho sea de paso, es aquí un fenómeno). Hablamos aquí de convicciones duraderas. Lo duradero no es el acto; tampoco es la proposición, que es en efecto supratemporal, mientras que la convicción permanece y, no obstante, tiene su duración, su comienzo y, eventualmente, su final. Mi convicción permanece: si he juzgado y repito mi juzgar, entonces la vivencia de acto es nueva, pero mi juicio, mi convicción, solamente es expresada una vez más, esto es, solo es efectuada de nuevo. Una peculiaridad semejante juega un papel como recuerdo. Lo que he percibido, me queda en el recuerdo. Tengo un recuerdo permanente. Si bien es cierto que lo percibido asume siempre un nuevo modo del carácter subjetivo de haber sido, y con ello la siempre cambiante orientación temporal, permanece como dóxico para mí con tal y cual contenido objetivo 'puesto' y tal y cual contenido de aparición, tantas veces como yo me vuelva a ello. Lo recordado como tal es permanentemente mi haber-sido: a no ser que, posteriormente, encuentre razón para no tomar parte en la doxa y para decir que sucumbí entonces a una ilusión. Esto atañe también, por tanto, a la 'posición', aunque esta sea pasiva.

Cada convicción semejante —fundada en un primer acto de juicio que la funda— no solo es mía en tanto permanece: ella también me determina, determina al yo que la tiene. Soy el sujeto de mi convicción permanente: soy yo quien la tiene y la sustenta; soy yo quien, debido a tales o cuales razones, la abandona y la transforma en otra. Cada convicción, junto con sus razones, es habitual y, en el todo correspondiente de mi convicción, tengo mi hábito presente.

[262] Debo señalar en este punto, no obstante, que la convicción vale aquí para mí como un concepto general para la convicción del juicio, la

convicción de la valoración y la convicción de la voluntad. Cada resolución de la voluntad es un 'hábito' permanente; es algo que permanece e implica mi hábito, al que tengo como mi resolución y al que sustento en todo momento (frente a mí, en tanto que una y otra vez lo reconozco como mi hábito permanente y me lo justifico a partir de mis razones, de los motivos de la voluntad). Así pues, como sujeto de un carácter 'adquirido' que es permanente y, no obstante, es siempre reformado y cambiado, aunque en este cambio mantiene siempre rasgos generales, soy relativamente permanente, permanente en sentido más alto y, sin embargo, entendido siempre en desarrollo y con diversas transformaciones.

Soy, en tanto me comporto, por un lado, pasivamente y, por el otro, activamente. Me comporto pasivamente en la formación de apercepciones, por ejemplo, en la formación de apercepciones de cosas, en donde, en la fusión, que hay que describir con más precisión, de actos elementales simultáneos y consecutivos, surgen continuamente constructos de actos, y, de manera comprensible, son constituidos diferentes niveles de objetos "ajenos al yo" a partir de los datos originarios (los hiléticos) "ajenos al yo". Las impresiones constituyentes, esto es, las percepciones, ponen objetos permanentes con el sentido de objetos 'en sí'. Sin embargo, lo que vale para el sujeto es que estos objetos son 'su mundo circundante': están permanentemente a su disposición, en el ámbito de dominio de su percepción; en sí, pero prestos a ser percibidos. Ante todo, estos objetos —el entorno que le es conocido al sujeto, caracterizado como objetos que de manera habitual con respecto a su ser aquí o ser allá, justo con respecto a su haber-sido, a su emplazamiento temporal, son puestos y permanecen puestos por él; que son, y son así entonces y más adelante— son convicciones permanentes. Cada vivencia, cada dato de sensación, cada volverse a ello, incluso cada afección que de allí parte: todo no solamente es, sino que es determinación del yo; concierne al yo y lo determina, es, a su manera, algo permanente, trasfondo permanente al cual siempre se puede volver, compareciendo de nuevo, pero determinando el horizonte del presente nuevamente y, con ello, determinando el yo, es decir, incitándolo. Nada se adentra sin tener una cierta fuerza afectiva, sin hacerle algo al yo. El yo vive como yo, en la medida en que siempre es incitado de nuevo y siempre reacciona a ello; en un primer momento, como yo receptivo en la actividad pasiva del ceder, del volverse a lo que incita, del captar, en la pasividad de la apercepción. Cada nuevo [263] objeto constituido es una fuerza permanente de la afección (también lo pasado es un trasfondo constante y de ahí parten afecciones: las afecciones de recuerdo que en progresivo aumento llegan a ser recuerdos claros, que salen a la superficie, y luego, en el volverse, recuerdos con atención.

El mundo espacio-temporal se constituye pasivamente a una con el cuerpo libremente móvil y por sí mismo moviente, su órgano de percepción, y el yo, para el cual este mundo es su mundo circundante conocido, con un horizonte infinito de falta de familiaridad (como una falta de familiaridad

que en la libre activación de los órganos de percepción puede convertirse en siempre nuevas familiaridades: el mundo es por completo mundo cognoscible, de acuerdo con su esencia), el yo, digo, es justamente el yo de este su mundo circundante, con sus series de apariciones (aspectos) reales y posibles: este mundo señala, en el modo correspondiente de su condición de conocido (con los correspondientes sistemas de percepciones pasadas, de apariciones en el yo), un hábito que caracteriza al yo; y el mundo en su estructura entera, con todas sus posibilidades abiertas, señala para el yo un hábito típico que delinea posibilidades habituales. Este hábito general es naturalmente el mismo para cada ser humano, pero cada uno tiene su mundo circundante particular: el mundo que es para cada uno el exclusivamente suyo, y del que surge en cada uno un hábito particular; éste abarca para cada uno una extraordinaria —no realmente reproducible y, no obstante, determinada— abundancia de hilos habituales, de percepciones reales y posibles, de recuerdos, etc.

Este tejido habitual es, sin embargo, solamente un estrato. Así como a partir de datos de sensación ajenos al yo se forman apercepciones de cosas como tejido dóxico y constituyen la mera naturaleza ajena al yo, de igual modo se constituyen apercepciones de valor a partir de sentimientos pasivos que confieren carácter emotivo a los datos de sensación ('importancia', valía) y se constituyen cosas de valor concretas. El cuerpo como órgano de movimiento, que aporta campos de sensación en constante cambio, es órgano de constitución para apercepciones de cosas y órgano de percepción. De igual modo, yo soy también y por medio de ello, órgano para la constitución de apercepciones de cosas de valor: órgano para las respectivas valicepciones, o bien, mediante un cambio de actitud, para la percepción de cosas de valor.

Esto, naturalmente, significa lo siguiente: que el mundo no es una mera naturaleza, sino un mundo de valor, una estructura para el yo. Aquí tomamos [264] el mundo de valor puramente como el mundo constituido para este determinado yo por medio de su experiencia (experiencia cósmica y experiencia valiceptiva). Pero esto no es nada en reposo y sí algo en constante variabilidad: a través del yo que desea y quiere, que es activo. Si lo ha disfrutado (los valores se disfrutaban), entonces también lo echa en falta, lo desea; puesto que cada suceso 'subjetivo', cada 'yo me muevo', está sometido a su arbitrio, o puede ser puesto en su poder, lo que ya desempeñaba un papel constante en el movimiento de los órganos de percepción, surgen también apercepciones prácticas con respecto a las cosas de valor externas. El yo aprende a conocer las consecuencias derivadas de los movimientos corporales en circunstancias externas dadas, aprende a transformar las cosas y forma apercepciones prácticas. Las posibilidades de transformación de las cosas se vuelven reales mediante la voluntad, etc. Eso basta: el mundo se vuelve un mundo práctico, contiene cosas eficientes, cosas-fines, bienes útiles, medios para fines posibles. Cada yo tiene sus fines como metas habituales de resoluciones de la voluntad (ocurre de

igual forma con otros correlatos de las modalidades de la voluntad). Pero, desde luego, pertenecen al mundo no solo las cosas de la naturaleza, sino también otros seres humanos y animales, etc., etc.

Con esto, hasta ahora he puesto la vista principalmente en un aspecto y he querido destacar solo uno: consideré el yo en su pasividad y receptividad. Es receptivo el yo que se deja arrastrar en dirección del objeto incitador, el percibir como receptividad. De igual manera, la valicepción, los sentimientos que ya en el trasfondo 'colorean' a los datos de sensación ejercen afección, el sujeto como sujeto sentiente ejerce actos de la receptividad sentiente: éste se vuelve hacia los sentimientos y se apega ahora al objeto en el disfrute (decimos aquí también: pasivamente, si bien tiene lugar un acto del yo). Lo mismo para el echar de menos y el querer receptivo, la voluntad pasiva: se entrega sin inhibición al impulso de la voluntad; echo mano del cigarro que me "atrae": la inclinación del impulso de la voluntad incitante, el proceso del inclinarse, el aumento de la afección con aproximación al yo, por último, el mismo yo se pone en movimiento y claudica, se vuelve-hacia (tanto en el percibir como en el captar el valor).

El yo de razón y los actos de razón. El reino de la libertad. El conocimiento racional del mundo, el conocimiento de la razón y la unidad de su intención como una intención habitual. Lo inconsciente como reino de lo habitual. El organizarse de las direcciones habituales, el formarse de nuevos pensamientos esclarecedores en el trasfondo, en lo inconsciente, y su salir a la luz en actos intelectivos [265]; y las formaciones de actos como plenificación y, a la vez, como enriquecimiento. El emerger desde 'las profundidades' y las más hondas profundidades: en ello colaboran diferentes estratos de motivos habituales, y cuanto más significado, alcance y riqueza, más del yo y tanta más fuerza interior del yo participa en ello. Cuanto más significativo es un conocimiento, cuanto más cristaliza del conocimiento del mundo, cuanto más lejos va de la abundancia de conocimientos ya adquiridos y los apresa dentro de sí, cuanto más se tense, pues, hacia la meta del conocimiento, tanto más ricos y profundos estratos del yo requiere tomar en cuenta. Una vinculación nueva de motivos habituales muy separados y sin relación mutua (en el subconsciente) inaugura nuevas ampliaciones, permite mirar hacia infinitudes, despierta formidables perspectivas nuevas sobre el conocimiento del mundo, evoca una abundancia infinita de conocimientos posibles. Todos los conocimientos previos (o masas enormes de ellos) son afectados, etc. A partir de ahí quisiera entender que se diga que tal pensamiento iluminador llega al corazón, nos mueve hacia las más hondas profundidades, pero proviene también de las más hondas profundidades.

